

GARRAY

Se sitúa Gararay en la falda norte del cerro de la Muela, ubicación de la renombrada Numancia, a unos 7 km al norte de Soria por la carretera a Logroño y en la confluencia del río Tera con el Duero.

Como en el cercano caso de Santa María de Tera, el poblamiento medieval de Gararay aparece inmerso en una maraña de noticias interesadamente falsas, la mayoría procedentes del Becerro del monasterio riojano de San Millán de la Cogolla, cuyo *scriptorium* fue, además de uno de los principales centros de producción de manuscritos, un reputado falsario. La primera noticia que hace referencia a Gararay es la recogida en el –falso– documento de 927, según el cual García Sánchez I de Navarra entregó Santa María de Tera, *in termino de Garrabe*, al monasterio emilianense. Sí aparece con seguridad en el documento de 1016 por el que se trazan los límites entre el reino de Navarra y el condado de Castilla. En este acuerdo, que pacifica la frontera oriental de Castilla, se toma como lindero el río Tera: *usque flumen Tera, ibi est Garrabe, antiqua civitate deserta*, en clara alusión a Numancia. El obispado de Burgos recibió, según un privilegio atribuido a Sancho II, datado en 1068 y publicado por Serrano, los derechos de pesca en el territorio *de mare magno Oceano usque in fluvium Dorium, et de Garraf [Gararay] et de Canatanazor usque in ripera de Deba*. Parece claro, no obstante, que como la propia toponimia sugiere, toda esta zona del Duero recibió su primer impulso repoblador de la mano del reino de Pamplona. Esta influencia se mantendrá incluso tras la incorporación de La Rioja a la monarquía leonesa pues, en 1106, Alfonso VI encomendará al conde de Nájera y Calahorra, García Ordóñez, la repoblación de Gararay (*In era M^aC^aXL^aIII^a iussit Aldefonsus rex Garsie comiti populare Garrabe*). Tras la interrupción de este proceso de consolidación por la derrota y muerte del conde en Uclés (1108) y el fallecimiento del rey en 1109, éste recobrará nuevo brío de las manos aragonesas de Alfonso I (1104-1134), el repoblador de Soria. Y precisamente esta repoblación de la capital significará un oscurecimiento de Gararay, que permanecerá como simple aldea, volviendo a manos castellanas tras la muerte del Batallador.

Gararay y sus iglesias aparecen anejadas a la colegiata de San Pedro de Soria al menos desde 1611, según el “Protocolo de cuentas” del Archivo de la concatedral (ACSP, lib. 151), donde se dice que contaba “con 11 parrochianos de número”.

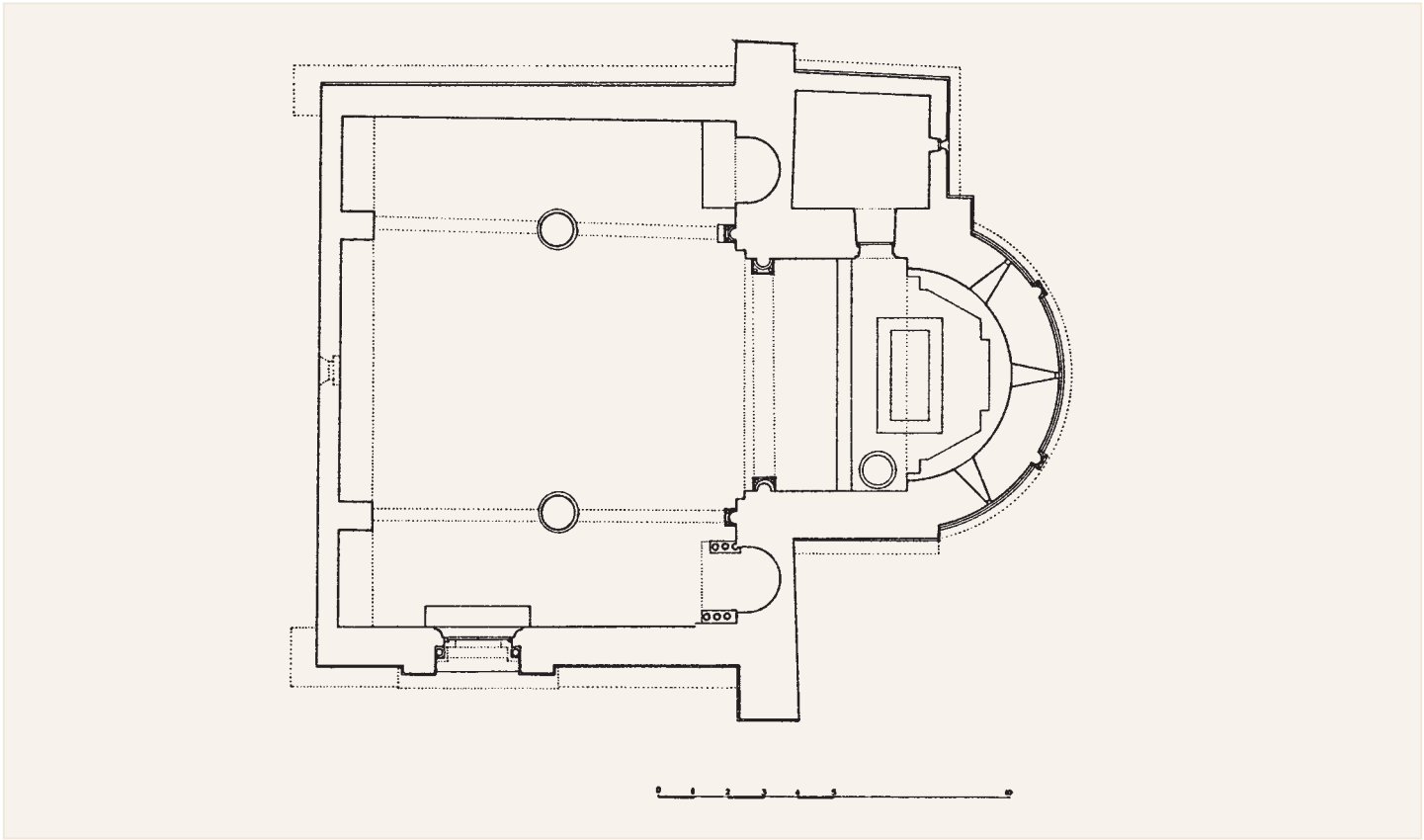
Ermita de los Santos Mártires

EN LAS LADERAS DEL CERRO de la Muela se encarama la ermita de los Santos Mártires Nereo, Aquileo, Pancracio y Domitila, a unos 250 m al sur del caserío de Gararay. El culto a estos mártires romanos, asesinados a principios del siglo IV podría, según supone Gaya Nuño, proceder del área aragonesa, pues son absolutamente ajenos a la tradición hispana.

El edificio se encuentra notablemente transformado por intervenciones posmedievales, que, aunque conservaron intacta la cabecera y la portada meridional, alteraron la estructura interior de la nave y reconstruyeron sus muros, intervención que pese a que mantuvo en los muros laterales

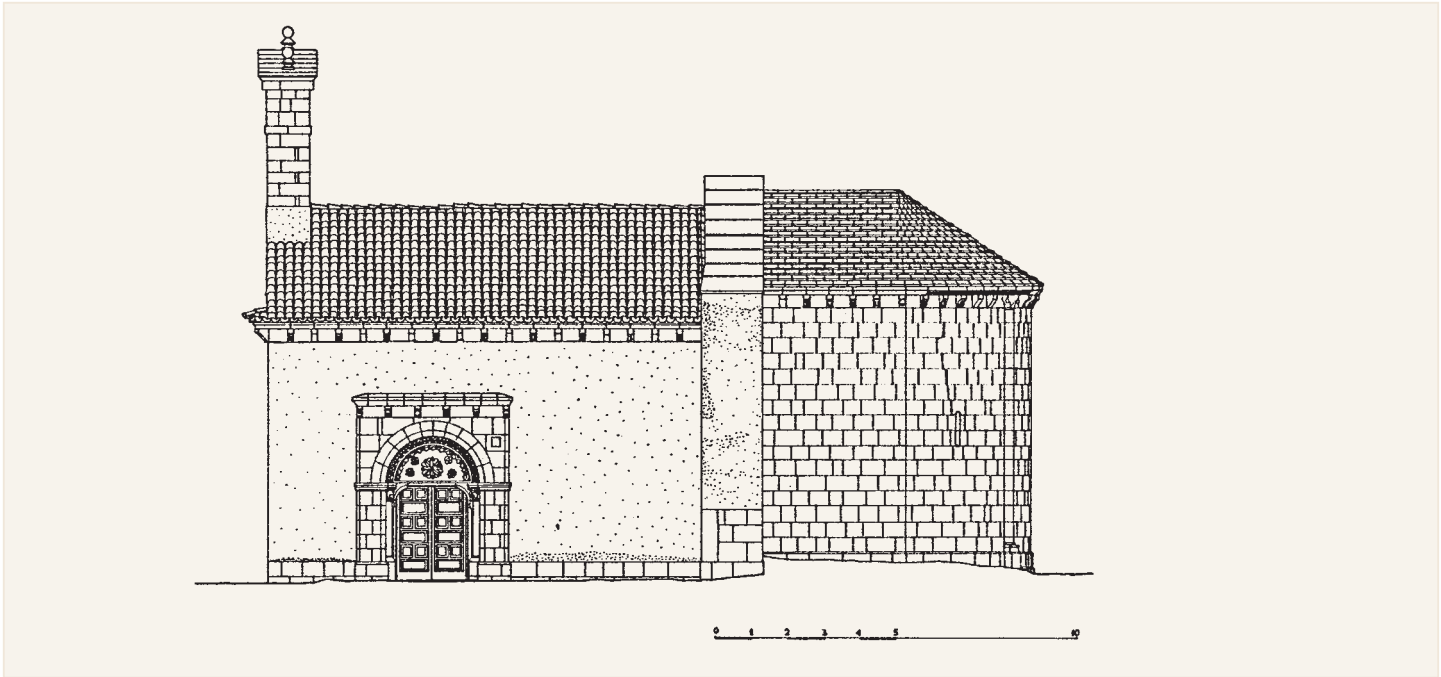
el perímetro, acortó su longitud retrayendo el hastial occidental aproximadamente 1,5 m. Aun así, el templo constituye uno de los más atractivos ejemplares del románico soriano, básicamente por la calidad de la decoración escultórica que conserva.

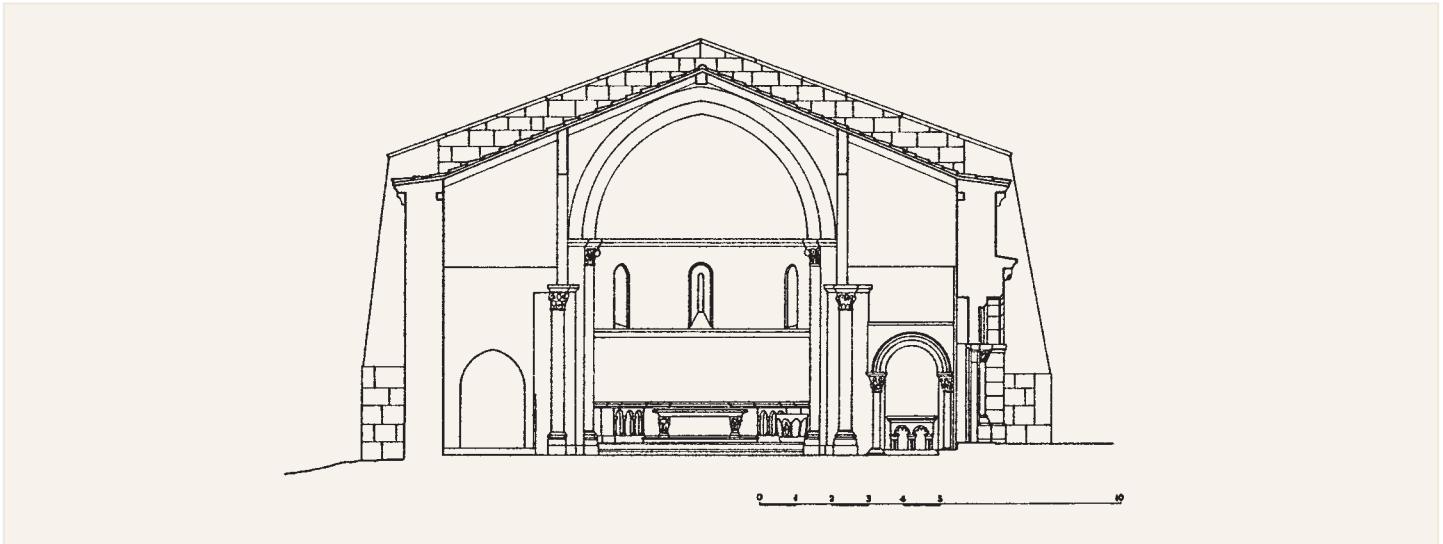
La cabecera es la parte menos alterada, y se compone de tramo recto presbiterial y ábside semicircular, ambos en sillería arenisca. El tambor absidal, sobre un basamento escalonado, se articula en tres paños mediante dos semicolumnas adosadas que apoyan en complejas basas de doble toro que se coronan con sendos capiteles vegetales, muy erosionado el meridional y ornado con hojas carnosas y



Planta

Alzado sur





Sección transversal

Exterior



Interior

pencas con bayas el otro. Dan luz al altar tres saeteras de medio punto cuya arista exterior se decora con trama romboidal, al estilo de San Nicolás de Soria y la sala capitular de El Burgo de Osma. La cornisa del hemiciclo y presbiterio, animada por dos hileras de tacos, es soportada por una serie de canecillos de tosca factura. Los hay lisos, de hojas planas que acogen piñas o bayas en sus puntas dobladas, de *crochets*, barrilillos, aves, un busto femenino con tocado, cuadrúpedos, aves, etc.

Los rehechos muros de la nave reutilizaron en su remate la cornisa de nacela y parte de los primitivos canecillos. Entre éstos, alternan los de simple nacela, fruto de la restauración, con los figurados, todos fruto de un mismo modo de hacer; junto a los de hojas de puntas vueltas acogiendo bayas, las cabezas de felino de puntiagudas orejas, las arpías e híbridos, destacan los bustos humanos, de cabellera ondulada, barba partida, ojos globulosos de exagerada exoftalmía y los largos mostachos rematados en bucles.

Al interior, el presbiterio se cubre con bóveda de cañón apuntado sobre imposta decorada con tallo ondulante con brotes y hojitas, decoración que se repite en la otra línea de imposta que recorre el muro a media altura. El cascarón absidal se cierra con bóveda de horno, generada por arco también apuntado y que parte de una imposta decorada con arquitos y círculos secantes perlados, estando recubierto el paramento interno del hemiciclo por un retablo barroco dieciochesco. Son visibles, no obstante, las tres ventanas que le daban luz, con acusado derrame hacia el interior y decoradas sus aristas con tallo ondulante y brotes.

Da paso al presbiterio un arco triunfal apuntado y doblado que reposa en sendas semicolumnas adosadas, coronadas

Capitel del triunfal y del formero del lado norte



Capilla-nicho del lado de la epístola

Capitel del baldaquino



por bellos capiteles vegetales de hojas con acanaladura central y bolas en las puntas, decoradas con brotes y tallos de tipo ataurique. Similares son los capiteles de las semicolumnas que, a menor altura, soportaban los formeros que dividían en origen las tres naves. El capitel del lado de la epístola recibe hojas lanceoladas de profunda acanaladura central y decoración de tipo ataurique, con piñas que penden de tallos entrelazados en las puntas, mientras que el capitel del lado del evangelio recibe grandes hojas apalmadas rematadas por volutas. Sus basas, lamentablemente retalladas, muestran un fino toro superior y grueso el inferior, con bolas y sobre plinto.

El cuerpo de la iglesia, como acabamos de avanzar, tenía primitivamente una estructura de tres naves, unas dos veces y media más ancha la central. Poco más podemos decir de ellas debido a su total transformación en época posmedieval, pues hoy día las dividen dos pilares circulares, cubriéndose con madera, a dos aguas la mayor y a una vertiente las colaterales. Éstas, que remataban al exterior con testero plano, presentan interiormente dos absidiolos semicirculares excavados en el espesor del muro, rodeado el de la epístola —único aceptablemente conservado— por una estructura de tipo baldaquino. Estas capillas-nicho laterales, cuya función litúrgica es la de albergar altares secundarios, constituyen una de las peculiaridades más notables de la arquitectura románica soriana. Similares a estas de Garray las encontramos en San Mamés de Montenegro de Cameros, San Juan de Rabanera y La Mayor de Soria, San Vicente y San Miguel de Almazán, etc. Aparecen también en Cataluña (San Benito del Bagés), Aragón (San Pedro de Siresa, Santa Cruz de la Serós, San Juan de Uncastillo), Burgos (Tabliega de Losa, Butrera, Lara de los Infantes, Monasterio de Rodilla), Guadalajara (La Asunción de Cereceda), la iglesia del castillo de Turégano (Segovia), etc., lo que nos habla de una solución bastante extendida geográficamente. La misma función debían cumplir los baldaquinos de San Juan de Duero, las estructuras de capillas-nicho de las que quedan vestigios en la ermita de San Marcos de Ólvega, Santo Domingo de Fuentelfresno o la iglesia de Santa María Magdalena de Zamora. El baldaquín (*ciborium* o *tegurium*) es un elemento de dignificación litúrgica del altar presente ya en las basílicas constantinianas, y actúa como una extensión del nivel de sacralización propio del ábside al espacio que acota en la nave.

La capilla-nicho de la epístola de la ermita de Garray conserva prácticamente intactos todos los elementos litúrgicos propios de este espacio: el nicho para las reliquias al fondo, la mesa de altar y el *ciborium* construido sobre ella. Incluso mantiene parte del enfoscado original, sobre el que aún son perceptibles unas pinturas murales, góticas y



Altar románico

muy desleídas. Vemos en ellas a un personaje mitrado, barbado, vestido con ropas talaras y en actitud bendicente ante un altar; tras él y a ambos lados aparecen otras dos figuras, una sosteniendo un báculo y la otra una cruz de brazos florielisados, enmarcándose en conjunto por una estructura arquitectónica almenada. La capilla del lado del evangelio aparece muy modificada y totalmente abujardada.

La parte construida de esta capilla, es decir, el baldaquino, cerrado por una reja en la que corre la leyenda: RELICARIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES. AÑO DE 1832, se cubre con bóveda de medio cañón, cuyo extremo se moldura con bocel y nacela y estaba enmarcada por un muy deteriorado alfiz, decorado con tallos y bifolias acogolladas similares a las de Santo Domingo de Soria y San Juan de la Peña, que también ornar los cimacios de los capiteles. Soportan esta estructura tres pares de columnas por cada lado, de capiteles corridos, fustes individualizados y basas de perfil ático con toro inferior aplastado, sobre plinto. En los capiteles de la derecha vemos una curiosa representación del tema de la pesca milagrosa (Lc 5, 1-11 y Jn 21, 1-14), con quince discípulos repartidos en tres barcas y, en

el centro, la figura de Cristo bendiciendo y portando un báculo, aunque carente de nimbo. Capiteles con similar iconografía aparecen en la girola de la catedral de Santo Domingo de la Calzada y en el claustro de San Juan de la Peña. Los capiteles del lado norte nos muestran un grupo de dieciséis personajes, todos ataviados con túnicas, once portadores de libros que muestran abiertos con ambas manos, cuatro portan bastones rematados en bolas y uno de ellos sostiene un báculo. Probablemente se trate de una representación "extendida" del Colegio Apostólico, o bien de Cristo con los discípulos. Recuerda en su disposición la del Apostolado de la archivolta exterior de Santo Domingo, en la capital, aunque aquí el escultor está provisto de menos recursos.

La mesa de altar de esta capillita es también románica, excavada por dos arcos polilobulados sobre dobles columnas de capiteles de hojas cóncavas con caulículos en las puntas y otros de hojas lobuladas. El frente enmarca con semibezantes incisos, decorándose con tres cruces de Malta en clipeos perlados y florones de tetrafolias, al modo de los del tímpano de la portada.



Altar de la capilla mayor

La mesa de altar de la capilla mayor ($0,92 \times 2,15 \times 0,15$ m) es también románica; se moldura con nacela y banda de contario en el listel, y presenta el hueco para las reliquias. Apoya en dos capiteles dobles sobre basas de perfil ático con toro inferior aplastado, con garras y sobre plinto, elementos éstos que plausiblemente proceden del desaparecido baldaquino de la nave del evangelio. Las dobles cestas miden 44 cm de altura, similar a las del otro, y se encuentran trabajados uno en tres de sus caras y el otro sólo en el frente y un lateral. En el primero de los referidos se desarrolla parte del ciclo cristológico de la infancia, con la Anunciación, la Visitación y la Natividad. Los dos primeros pasajes responden al modelo habitual, concentrando especial interés iconográfico el tema del Nacimiento, que sigue —como la portada occidental de Santo Domingo de Soria y el grupo de edificios estilísticamente relacionado con nuestro ejemplo— el discurso de los apócrifos *Protoevangelio de Santiago*, XIX, *Pseudo Mateo*, XIII y *Liber de Infantia Salvatoris*, 69-76. En primer lugar vemos la figura de María en el lecho amamantando a Jesús, flanqueada por dos parteras, una descorriendo un cortinaje y la otra recostada

sobre ella, al estilo de las escenas del tímpano y un capitel del claustro de Santo Domingo de Silos, la sala capitular de El Burgo de Osma, la portada de San Miguel de Estella o la más cercana de Santo Domingo de Soria. Sigue el Sueño de José, adormilado, apoyado en su bastón y tocado con bonete gallonado, con el ángel emergiendo de la nube que le tranquiliza. Continúa la narración en la otra cesta con la representación del Niño en el pesebre (*Evangelio del Pseudo Mateo*, XIV), en la que Jesús recibe —en una cuna que recuerda por su morfología una mesa de altar— el calor de un buey y una mula, lamentablemente fracturados, ante la presencia de un ángel turiferario. La dependencia respecto al modelo de Santo Domingo de Soria resulta pues evidente en el relato, pudiendo suponer que la decoración se completaría en la parte mutilada del relieve con el anuncio a los pastores.

En el otro capitel doble, sólo labrado por dos de sus caras, se resume el ciclo de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo, sintéticamente reflejado en las figuras de las Santas Mujeres, portadoras de pomos, ante el sepulcro vacío de Cristo. Sobre este sepulcro, como el de Santo



Capitel reutilizado, con la Anunciación y Visitación

Domingo de la capital, ornado con arquillos perlados, se dispone un ángel que señala al sarcófago. La escena siguiente, separada por un brote y una piña, es el *Noli me tangere* (Jn XX, 14-18), en el que María Magdalena se arroja a los pies de Cristo resucitado, quien se aleja de ella con el gesto de apartar un pliegue de su manto.

Tanto la iconografía como el estilo de estos capiteles los pone en relación con la portada de Santo Domingo de Soria y el grupo de edificios castellanos y navarro-aragoneses con él relacionado. Tanto los ojos abultados de los personajes, los cabellos acaracolados, el recargamiento de los paños, con pesados pliegues sinuosos, en abanico, tubo de órgano y cascada, los pliegues abultados en las articulaciones con las incisiones "en coma" que los ciñen, los característicos velos de las figuras femeninas, etc., refrendan esa



Capitel de la Infancia

conexión con los talleres que, en la capital dejaron huellas de su actividad en Santo Domingo, frontal y portada de San Nicolás, y baldaquinos de San Juan de Duero durante los años finales del siglo XII y primera década del XIII.

La portada de la iglesia se abre en un antecuerpo del muro meridional, de ángulos matados por bocales y rematado por un tejeroz fruto de la restauración, en el que se aprovecharon seis canecillos románicos de buena factura, ornados con un león de fauces rugientes sobre un brote, dos toscas y bastante deterioradas cabezas monstruosas, un centauro-sagitario de cinturón perlado tocando el olifante, similar a otro de la sala capitular de El Burgo de Osma, y dos bustos humanos de ojos globulosos y saltones, barba partida de curioso mostacho y gesto sonriente, uno de ellos alopécico.



Portada meridional



Detalle de la portada

El acceso se compone de arco de medio punto cerrado con tímpano, rodeado por dos arquivoltas. La interior —idéntica a la de San Nicolás hoy en San Juan de Rabanera—, muestra una sucesión de arquivoltas de medio punto entrecruzados y perlados, exornados por una greca plisada zigzagueante; la exterior recibe un simple bocel. Descansa la primera en sendas columnas acodilladas, bajo cimacios de bifolias acogolladas como las vistas en el interior y en Santo Domingo de la capital. Ambos capiteles repiten idéntica decoración, con una pareja de híbridos afrontados por las cabezas en el ángulo de la cesta, de cuerpo serpentiforme cubierto de escamas y bandas de perlado, colas rematadas en tallos con brotes, alados y cabezas felinas y humanas, una de ellas con toca, velo y una especie de corbata, del tipo de algunas arpías silenses y del ámbito burgalés. Los fustes son monolíticos, sobre basas de perfil ático degenerado de pequeño toro superior, breve escocia y gran toro inferior.



Pila bautismal

El tímpano, de la misma progenie aunque más logrado que el meridional de San Juan de Rabanera, apoya en dos mochetas de nacela, sobre jamba con doble baquetón coronada por cabecitas y arquivoltas con perlado. Está trasdosado por una sucesión de trece arquivoltas de medio punto, con bolas en sus enjutas, que acogen, en la zona central cinco cabecitas humanas barbadas de notable exoftalmía, sustituidas, a derecha e izquierda, por cabezas monstruosas de orejas puntiagudas unas, y larga melena partida otras. El centro del tímpano lo ocupa un gran florón de hojas nervadas y carnosas, espléndidamente ejecutado. A ambos lados de éste —dispuestos simétricamente— vemos cuatro rosetas inscritas en clipeos perlados, y otras dos tetrapétalas en la parte alta, flanqueando una cruz de Malta floreada. Este modelo fue toscamente repetido en la portada norte de la iglesia de Tozalmoro.



Inscripción

La portada fue remontada, como denuncia la numeración aún visible en las enjutas y mochetas. En el machón izquierdo se lee la inscripción NEREO / XIMENEZ / AÑO DE 1832.

En el interior del ábside, empotrados en el banco de fábrica del retablo, se conservan, disgregados en cuatro fragmentos, dos frontales de altar de piedra románicos. Uno de ellos, cuyas medidas eran $1,75 \times 0,83$ m, se orna con triple arquería de medio punto sobre haces de tres columnas y bajo arquitecturas almenadas. El arco central se orna con una gran cruz de Malta con astil inscrita en un clipeo perlado. Cuatro tetrapétalas se disponen entre sus brazos, otras dos sobre el clipeo y cuatro lises bajo él. En los arcos laterales, inscritos en una trama romboidal, se alternan híbridos de cuerpo de ave y cabeza leonina y arpías.

El otro frontal, más sencillo, medía $1,20 \times 0,83$ m y se orna con arquería triple de medio punto sobre columnillas de capiteles vegetales simplemente insinuados. Ambos frontales fueron remontados mezclando las piezas de uno con las del otro.

También en el interior del templo se recoge una tosca pila bautismal, de 1,12 m de diámetro y 0,92 m de altura. Su copa es troncocónica y decora su frente con una sucesión de desiguales arquillos sogueados de medio punto y herradura, bajo los que se disponen rudos relieves tallados en reserva que representan una cruz de Malta con astil, la tosca figura de un avaro con la bolsa de monedas colgando del cuello, una roseta, un bárbaro personaje atacado por una serpiente, dos figuras orantes de desproporcionadas cabezas que alzan las palmas de sus manos y una forma circular concéntrica. La rudeza de su talla —sin parangón en el resto de la escultura del templo— no creemos que justifique la pretendida antigüedad que se ha querido otorgar

a esta pieza, relacionada por Gaya Nuño con la segoviana de Santa María de Riaza. El insigne historiador la considera anterior a la construcción de la ermita.

Debemos finalizar este estudio con una consideración acerca de la cronología de la ermita de los Mártires. La inscripción grabada en dos sillares del muro meridional del presbiterio, que con desmañados caracteres reza: ANNO D(omi)NI D(E) / M CC X / XXI (1231), parece ciertamente tardía, pese a haber sido aceptada casi sin reservas por la mayoría de los autores que se han ocupado del edificio. En cualquier caso, la *datatio* fue realizada sobre la obra puesta, por lo que es legítimo dudar que corresponda a la fecha de construcción del edificio, cuyas características arquitectónicas y rasgos estilísticos de su escultura con concordantes con la eclosión del románico de la capital en las tres últimas décadas del siglo XII y principios del XIII.

Texto: JMRM - Planos: RLLA - Fotos: JNG

Bibliografía

- AGAPITO Y REVILLA, J., 1912, p. 482; ALCOLEA, S., 1964, pp. 68-69; ALMAZÁN DE GRACIA, Á., 1997, p. 204; APRÁIZ, R. de, 1953, pp. 291-294; BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), pp. 249-251; BOTO VARELA, G., 2000, pp. 264-265; CASA MARTÍNEZ, C. de la y DOMÉNECH ESTEBAN, M., 1983, pp. 66-68; CABRÉ AGUILÓ, J., 1916, pp. 109-110, láms. LXXXIX-XC; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1992, pp. 375-376; DIAGO HERNANDO, M., 1991-1992, pp. 38-39; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, pp. 38-40; FRONTÓN SIMÓN, I. M., 1992, pp. 58-60; GAMBRA GUTIÉRREZ, A., 1998, docs. 79, 186, 191; GARCÍA DE CORTÁZAR Y RUIZ DE AGUIRRE, J. Á., 1969 (1997), p. 141; GAYA NUÑO, J. A., 1946, pp. 235-240; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1974, p. 287; HERBOSA, V., 1999, p. 19; IZQUIERDO BERTIZ, J. M.^a, 1985, p. 285, 288-289; LEDESMA RUBIO, M.^a L., 1989, docs. 307, 315, 347, 349; LOJENDIO, L. M.^a y RODRÍGUEZ, A., 1981, p. 372; LOJENDIO, L. M.^a y RODRÍGUEZ, A., 1995, p. 39; LOPE-RRÁEZ CORVALÁN, J., 1788 (1978), t. III, docs. II, IV, V, VIII, IX; MADOZ, P., 1845-1850 (1993), pp. 138-139; MANRIQUE MAYOR, M.^a Á., GARCÍA ENCABO, C. y MONGE GARCÍA, J. A., 1989, t. II, pp. 207-208; MARTÍNEZ Díez, G., 1983, pp. 148-163; MÉLIDA, J. R., 1922a, p. 83; MOMPLET MÍGUEZ, A. E., 1995, pp. 88-89; MORALES HERNÁNDEZ, F., 1985; MORALES HERNÁNDEZ, F., 1991, pp. 45-75; MORENO Y MORENO, M., 1960, p. 165; PÉREZ RIOJA, A., 1892b, pp. 43-44; PÉREZ-RIOJA, J. A., 1953a, pp. 287-290; PÉREZ RUBÍN, L., 1912, pp. 465, 468; QUIÑONES COSTA, A. M.^a, 1983a, pp. 217-232; QUIÑONES COSTA, A. M.^a, 1989; RAMÓN Y FERNÁNDEZ OXEA, J., 1945-46, pp. 91-97; RIDRUEJO GIL, M.^a A. y RIDRUEJO GIL, M.^a P., 1945, pp. 98-100; RUIZ EZQUERRO, J. J., 1985, pp. 42-44; RUIZ MALDONADO, M., 1997e, p. 241; SÁENZ GARCÍA, C., 1952, pp. 129-133; SÁENZ MAGAÑA, E., 1984a, pp. 309-328; SÁENZ MAGAÑA, E., 1990, pp. 429-446; SERRANO, L., 1935-1936, t. III, doc. 10; SORONDO, J.-L. de, 1997, pp. 70-71; TARACENA AGUIRRE, B. y TUDELA DE LA ORDEN, J., 1928 (1997), p. 76; ZABALZA DUQUE, M., 1998, doc. 77; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, p. 38; ZOZAYA STABEL-HANSEN, J., 1970, pp. 209-218.

Iglesia de San Juan Bautista

EN EL CENTRO DEL CASERÍO de Garray, presidiendo su Plaza Mayor, se alza la iglesia parroquial, edificio fundamentalmente de fines del siglo XVI, con añadidos de los siglos XVIII y XIX. Consta de nave única y notable cabecera ochavada con cubierta de bóveda estrellada con combados. La portada se abre en un antecuerpo del muro meridional y se compone de arco doblado de medio punto sobre jambas lisas e impostas con perfil de nacela, arcos y jambas con chaflanes matando sus aristas. El tejeroz que corona el antecuerpo se remata con una cornisa de

nacela. La portada se encuentra fuertemente abujardada, hecho que supuso la casi completa desaparición de una inscripción que, con caracteres medievales, se disponía en la enjuta derecha. Esta portada, pese a su carácter tardío, parece proceder de un anterior edificio románico, cuyos sillares labrados a hacha son visibles en el aparejo del templo actual.

En el interior del templo se conserva una pila bautismal de cronología románica, labrada en un bloque de arenisca. Su copa semiesférica y levemente gallonada al exterior, de bella factura, tiene 1,18 m de diámetro y 0,65 m de altura, decorándose con una cenefa superior de arquillos, y debajo una sucesión de 16 arcos de medio punto sobre columnas de sumarios capiteles vegetales.

Texto: JMRM - Fotos: JNG

Portada



Bibliografía

MANRIQUE MAYOR, M.^a Á., GARCÍA ENCABO, C. y MONGE GARCÍA, J. A., 1989, t. II, pp. 203-207; MARTÍNEZ FRÍAS, J. M.^a, 1980, pp. 206-261; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, p. 38.

Pila bautismal

